

disipado las tinieblas, y revelado lo que estaba oculto á la humana inteligencia.

Respecto del origen de la poblacion de América, mis investigaciones las he llevado por toda la historia antigua, aun de las edades más remotas. Cuando nada positivo he descubierto en ella, cuando la he encontrado silenciosa, me he valido del medio de las comparaciones, como el único recurso á que puede apelarse para acercarse á la verdad, interrogando sus monumentos, examinando sus figuras, analizando sus lenguas, observando sus inscripciones, y comparando en fin, cada objeto, cada rasgo notable descubierto entre los restos que escaparon de la destruccion, con lo que se conserva aun en pié, y lo que nos han trasmitido los escritores que han hablado de las cosas de América; para lo cual ha sido preciso estudiar, no solo la historia antigua de México y de los demás países de este Continente, sino tambien los autores más clásicos de la antigüedad.

En este trabajo he tenido muy presente las observaciones de Mr. Freret en las memorias que escribió sobre el origen de diferentes naciones, y que son reglas útiles para descubrir la verdad, en medio de esas densas tinieblas que por lo regular cubren la cuna de los pueblos, aun de aquellos más conocidos. Por eso vemos las disputas que hubieron de suscitarse entre escritores notables como Cefalon, Eusebio, Diodoro Siculo y otros sobre el origen de Roma. Yo no me he contentado solo con reunir lo que he encontrado en los autores antiguos, sino que

hube de convinar los diversos pasajes de sus obras que se apoyan y sostienen, dando así mayor fuerza y seguridad á sus noticias ó aseveraciones. Tampoco he adoptado indistintamente cuanto en ellos he visto escrito, sino que he pesado con sana crítica los pareceres ú observaciones, atendiendo á la profesion del escritor, á su mérito literario, á los medios de que haya podido disponer para reunir las noticias que ministra, á las fuentes de donde las habia extraido, y á la fuerza de conviccion que producía el conjunto de sus reflexiones. He fijado muy cuidadosamente la atencion en el resultado de una comparacion atenta del idioma, usos y costumbres, de las construcciones, y ciertas particularidades, especialmente si advertia algunas diferencias esenciales; pues era claro que de esta diversidad y contrariedad, no podia deducirse la union, mezcla ó identidad de origen, al paso que la conformidad no siempre es regla absoluta, fija y segura.

De esta manera he podido rectificar los errores que se han cometido, procurando á la vez dar algun grado más de interés á los objetos que no se habian tratado con bastante detenimiento y exactitud, para hacer desaparecer toda imperfeccion, ó presentar otros golpes de luz, que si no dán á la materia un aspecto enteramente nuevo, sirven como de puntos de avance para continuar las investigaciones. Cuando nada de esto ha sido posible, he tratado de quitar á esa clase de escritos la aridez y sequedad por medio de una instruccion va-

riada, que escitando el ánimo por la curiosidad, se encontrara despues de la lectura complacido y satisfecho. Es cierto que semejante tarea supone un caudal de conocimientos, un juicio tan recto y ejercitado, y un gusto tan esquisito, que harto difícil es poder reunir y alcanzar; pero me ha animado el concepto de que el procurarlo es por sí solo un mérito que grangea la benevolencia del lector, recordando por otra parte, que segun ha dicho un ilustre escritor «in difficilibus tentasse sat est,» y esto es lo que he hecho en la presente obra.

Al seguir con ojo atento, para la cuestion de origen, las inmigraciones, procuraba investigar las causas que pudieran haber dado ocasion á ellas, persuadido de que no se abandona por lo comun el suelo en que se vive, sino cuando las persecuciones, la miseria, la guerra civil, grandes desastres ú otras causas parecidas, obligan á tomar semejante resolucion. Y en estos casos siempre queda una parte de los antiguos habitantes, porque nunca son completas tales inmigraciones, teniendo tambien presente, que estas no eran por lo regular muy numerosas al principio, sino que iban aumentándose en los puntos por donde pasaban, siendo de presumirse que esa mezcla fuese dando con el tiempo lugar á alteraciones considerables. De ahí proviene generalmente la dificultad de encontrar el origen de las poblaciones, como ha sucedido con los godos y los tártaros.

No olvidaba tampoco los cambios y combinacio-

nes diversas que surjen en los puntos mismos que forman el cuerpo de una nacion, provenientes ya de la guerra, ó de la conquista, ó de otros varios acontecimientos y circunstancias que pueden producirlos. Un nombre oscuro llega á ser á veces el de un pueblo ó una gran nacion, como sucedió en el pequeño canton de Schoutz que dió su nombre á toda la Suiza, así como acontece tambien que se extingue el que tenia por el completo aniquilamiento de los que lo llevaban.

Como la lengua es un indicante seguro de la nacion y país de donde un pueblo trae su origen, he fijado la atencion especialmente en los nombres de las ciudades y poblaciones, recojiendo acerca de esto cuantos datos han estado á mi alcance.

He querido, en fin, leer, á través de los restos que nos quedan y de las noticias que se han recojido, la vida de los antiguos habitantes de este Continente, su carácter, sus costumbres, los conocimientos que poseian en todos los ramos, y los rasgos de semejanza que pudieran encontrarse, comparándolo con la antigüedad, para deducir su origen, su edad, su importancia y su civilizacion, atendidos los tiempos en que vivian, y los medios de que podian disponer. Por eso recorria con el más vivo interés los historiadores, las leyendas, y cuantos escritos de este género venian á mis manos, recojiendo algunas tradiciones, y asentando, como dije ántes, en lijeros apuntamientos las impresiones que recibia, los datos más impor-

tantes que encontraba, y las observaciones que me ocurrían. Acabo de pasar la vista sobre estos apuntamientos y trabajos con objeto de coordinarlos, dándoles el enlace conveniente, y purgándolos de los errores que pudieran contener, para presentarlos al país á que debo tanta honra y distinción, así como á los hombres estudiosos de todos los demás países, por si en ellos encontrasen algo que pueda aprovecharse, y servir para llevar adelante las investigaciones históricas, arqueológicas y etnológicas, ya que vá despertándose de nuevo este deseo, y en todas partes se organizan expediciones y comisiones científicas, que se ocupan de trabajos altamente importantes para la ciencia y la civilización.

Presentando el cuadro de lo más notable que se descubre en las ruinas que se encuentran diseminadas en todo el Continente americano, de las tradiciones que se lograron reunir en los primeros tiempos de su descubrimiento, y de cuanto contiene la historia de estas regiones, y puede leerse en las pocas pinturas y manuscritos antiguos que aun se conservan, es como podrá juzgarse de los adelantos que habian hecho sus habitantes, y del grado de cultura á que habian llegado, comparándolo con lo que nos revela el mundo antiguo, para llegar por tal medio á ilustrar la *cuestion de origen* y época en que aparecieron los primeros habitantes, no obstante la opinion de Morelet (1) y muchos es-

(1) Morelet, Voyage dans l'Amérique Central, chap. 8, pag. 117.

critores que creen que esa cuestion permanecerá siempre insoluble, apesar de todos los esfuerzos de la inteligencia. Así podrán tambien descubrirse mejor las relaciones que tienen los unos con los otros, los puntos de contacto ó diferencia que se noten y las causas de que provengan, la genealogía, filiación y alteraciones que hayan habido, y la cadena, en fin, que entre sí une á los habitantes de este Continente, y con las otras regiones ántes conocidas, aun cuando su memoria haya estado cubierta con las densas nieblas de la antigüedad.

De las célebres ruinas del Palenque solo quedan en pié unos cuantos restos. Arboles crecidos se han apoderado de sus anchas paredes y sólidos terraplenes; arbustos y malezas ocultan sus frisos; bejucos y enredaderas cubren sus pilastras. Están en la soledad de los bosques, y nada hay en ellas que turbe la atención. Un silencio sombrío y sepulcral reina en torno del que las visita: no se percibe más que el movimiento de las ramas y plantas silvestres agitadas por el viento, ó por las pisadas del viajero que intenta penetrar en su recinto. Allí han respirado, admirando su belleza, el atrevido del Rio, el estudioso Dupaix, el laborioso Castañeda, el industrioso Waldeck, el exacto y diestro Caterwod, y el investigador Stephens, cuyos ojos se han fijado en estos monumentos derruidos sobre los cuales han pasado tantos siglos.

Apesar de las malezas que los tienen como sepultados, y de la acción destructora é incesante del tiempo, la vista se sorprende y su aspecto produce

en el alma una vaga melancolía, consideraciones que la absorben completamente. Edificios de formas colosales destruidos; montones de fragmentos y escombros ahogados por exuberante vegetación; desierto el lugar donde en remotos tiempos se agitaba una población activa é industriosa; el silencio aterrador de las tumbas sustituyendo hace muchos siglos el ruido alegre, bullicioso y brillante de la vida con todos sus goces y encantos. . . . En vez de las pisadas de los hombres no se descubren más que las huellas de animales feroces ó reptiles venenosos. . . . ¡Cuántas casas, cuántos edificios y suntuosos palacios no se levantarían en ese suelo, donde hoy no se ven sino montones de tierra, ú ondulaciones que quizá encierran en sus entrañas objetos de gran valor, como los contenidos bajo las capas con que el Vesubio ocultaba á sus piés á Pompeya y Herculano!

Tal vez aquellos senderos sinuosos, aquellas desigualdades del terreno formaban las calles de la gran ciudad, pero ¡ay! todo ha desaparecido. Hace siglos que no existe en aquel sitio uno solo de sus moradores, ni una choza, ni un miserable albergue, ninguna señal de movimiento. Pesa sobre esa tierra la obra de la destrucción y del olvido; trayendo á la memoria la maldición que hizo desaparecer á Sodoma y á Gomorra; la profecía de Isaias sobre Babilonia; y las ruinas de Tiro y de Cartago, donde ántes de desaparecer se mostró Mario en toda su grandeza. Engólfase á la vez el entendimiento en otras muchas consideraciones, co-

mo las que produce la vista de las columnas destrozadas de Persepolis, que recuerdan la suerte de Dario y su familia, ó las victorias de Alejandro; los templos destruidos de Palmira y de Balbek, que revelan el destino de los pueblos y de las naciones; y las construcciones de la India en las entrañas de las montañas, solo comparables en magnificencia á las obras de los egipcios, que dán á conocer todo el poderío é inteligencia de los hombres que las concibieron, y que parecen llevar el sello de la inmortalidad.

Hé procurado hacer en esta obra citas de los autores que he tenido á la vista, no por vana ostentación de erudición, sino porque los puntos que toco no dependen del puro razonamiento, demandando el peso de autoridades competentes, y para dar á conocer las fuentes donde he bebido, lo que otros han pensado sobre la misma materia, y el estudio que ha precedido á este trabajo, poniendo así en relieve lo propio y lo ageno, á fin de que con datos ciertos y seguros pueda juzgarse de todo su contenido, y discutir é ilustrar lo que pareciere dudoso ó poco fundado. «Potestatem facio, deria Isócrates, viris sapientibus libero dicendi sententiam, ut si quibus de rebus dubitant, prout o sint qui illas una mecum examinent» (1).

Estos trabajos son todavía susceptibles de mayor ensanche, pero en los límites que me habia

(1) Isócrates ad Nicaberun edit oprimi Basilæ 1548 pág. 10.

propuesto dar á esta obra, no cabia el desarrollo de algunos puntos que solo están indicados, ni tocar otros que se han omitido, á pesar de lo mucho que habrían contribuido á completar el cuadro de estos estudios. Me sobraban para ello materiales reunidos á costa de estremadas fatigas y sacrificios pecuniarios; más habria sido necesario dar á mis primeros trabajos otra forma, variar enteramente el plan, y no me sentía con fuerzas bastantes, por el estado quebrantado de mi salud, ni contaba con el tiempo preciso para una empresa semejante. Hé tenido, por tanto, que seguir el impulso primero, y no cambiar en nada la idea primitiva que habia concebido, y que me he propuesto realizar en la presente publicacion, procurando, sin embargo, mejorar cuanto encontraba en mis escritos, ya que aspiraba á darles mayor interés, para lograr con solo intentarlo la satisfaccion, prez y gloria que de esto resulta, pues recordaba el pasaje de Plinio: « Res ardua vetustis novitatem dare. . . . obs curis lucem. . . . dubiis fidem. Itaque etiam non assecutis voluisse, abunde pulchrum atque magnificentum est» (1).

Espero que esto solo, á falta de otro mérito, servirá de título de recomendacion y de benevolencia para calificar, y juzgar este escrito; de manera que aun cuando nada nuevo apareciese en él sobre lo ya conocido, aun cuando las consideraciones que contiene no hicieran nacer nuevas ideas y conge-

(1) C. Plin Sec. Epist. ad Vespasianum.

turas, que indujeran á descubrir la verdad histórica en toda su plenitud, siempre se habria logrado la ventaja de estimular este linaje de estudios, tan poco cultivado entre nosotros, dar á las investigaciones arqueológicas un color é importancia que nunca han tenido aquí, escitar la curiosidad, y avivar el interés que el gobierno y los hombres instruidos deben tomar en esta clase de trabajos.

Las ruinas y antigüedades del Continente americano todavía no son bastante conocidas. No ha sido hasta ahora objeto de expediciones científicas, ni de investigaciones arqueológicas. Los trabajos aislados que se han emprendido, debidos á esfuerzos particulares, muy léjos están de poder entrar en comparacion con los que se han realizado respecto del Egipto, del Asia y de la Grecia, en que hubieron de tomar muchísima parte los gobiernos ilustrados, que comprendieron toda su importancia y los resultados que por tal medio se obtienen. Pocos son tambien los escritores que de esas ruinas se han ocupado, especialmente de las que forman el objeto principal de mis observaciones. Por eso al llamar la atencion y dar á conocer cuanto se ha hecho sobre el particular, hé querido estimular los trabajos que aun quedan por realizar, para el esclarecimiento de la historia de este Continente, y de sus relaciones con los pueblos más notables del mundo antiguo. Conozco que para llegar á ese resultado y satisfacer tan justos deseos, no bastan simples conjeturas, no obstante que á falta de datos históricos claros, ciertos y seguros, es preciso